

El carnaval de la Señora Bombón

Saúl Piemontesi

EL CARNAVAL DE LA SEÑORA BOMBÓN

SAÚL PIEMONTESI



Capítulo 1

-Acérquense al fuego, niños, y les contaré una historia. No es un cuento para antes de dormir, es uno para quitar el sueño, perfecto para una noche helada y de tormenta como ésta. ¿Son valientes, niños? ¿Sí? ¡Excelente! Siéntense en la alfombra y presten atención. ¿Cuál es el nombre de este hermoso pueblo? ¡Villa Del Sol, perfecto! ¿Y les parece a ustedes tan hermoso como a mí? Qué bueno, pero sepan que no siempre fue así. Hubo un tiempo, hace muchos años, cuando esto no era más que un pedazo de tierra con restos de lo que alguna vez había sido el rincón más bello del mundo: Ciudad Verde. Ése fue el primer nombre que tuvo, pero nunca fue en realidad una ciudad. La fundaron pastores y granjeros y en pocos años se llenó de gente, niños sobre todo, pero no llegó a ser más grande de lo que ustedes pueden ver ahora. El límite siempre fue la montaña del este. Bueno, eso no es tan importante. Sólo hay dos cosas que tienen que saber antes de comenzar a contarles la historia de por qué la Ciudad Verde quedó vacía y abandonada: Una es que frente a la plaza grande, en la esquina en la que ahora está la herrería, había una tienda muy especial que amaban chicos y grandes: Era la Tienda de Dulces de la Señora Bombón. La señora Bombón era una viejita muy agradable que se llamaba en realidad... no, no importa su nombre. La segunda cosa importante era que cada año, para celebrar la fundación del pueblo, se organizaba una gigantesca fiesta de disfraces en las calles a la que iba todo el pueblo. Y cuando digo todo, me refiero a todo. No quedaba nadie en su casa, pero ya les contaré un poco más de eso. Cada fiesta tenía una temática diferente. Quiero decir que todos los disfraces estaban relacionados con lo mismo. El primer año se disfrazaron de animales y dicen que fue muy gracioso. Yo no había nacido aun. El segundo, de personajes del teatro. Sí, en esa época el teatro era tan famoso como lo es hoy el cine. Fue mucho antes de que existiera la televisión. ¡Ah, veo que eso los hace reír! Muy bien, muy bien. El tercer año... el tercer año fue... Bueno, no lo recuerdo, pero ya entienden la idea, ¿Verdad que sí? Este cuento empieza cuando el tema de la fiesta fue el más extraño en mucho tiempo: decidieron disfrazarse de monstruos. Ah, veo que no se ríen más. ¿En qué están pensando, niños, en vampiros, hombres lobo, brujas, fantasmas? Bueno, eso era en parte lo que habían elegido, pero tengan en cuenta que no había televisión, como les dije, sino obras de teatro y libros. La imaginación estaba por sobre todas las cosas, así que muchos inventaron sus propios monstruos. Ese año, justamente, según cuenta la historia, el pueblo entero se arrepintió de haber elegido ese tema. El pueblo entero menos ¿Saben Quién? La señora Bombón. Uno de ustedes, por favor, tome un leño de esa fila y échelo al fuego. No queremos que se apague. Ahora sí, les voy a contar el cuento de la noche especial de la Señora Bombón.

1

Una semana antes de la fiesta

-La celebración por el cumpleaños del pueblo no tenía un nombre oficial pero todos la llamaban El Carnaval. Era algo fantástico, colorido, bullicioso, luminoso, podría decirse que mágico... Todos participaban para que fuera algo digno de ser recordado. Era de noche, por supuesto, porque de día los hombres y mujeres atendían a sus obligaciones, y duraba casi hasta la salida del sol. El cumpleaños del pueblo se festejaba el nueve de octubre. Eso quiere decir que El Carnaval se daba en primavera y siempre tocaba una noche algo fresca pero muy agradable. Algunas veces lloviznaba, pero eso no arruinaba nada. En la noche de los monstruos, por ejemplo, llovizó bastante pero la fiesta terminó temprano. Ojalá hubieran podido ver una fiesta de ésas, niños. Ahora soy muy viejo pero me acuerdo de cada detalle. La mayor cantidad de gente se acumulaba en la plaza y las cuatro avenidas diagonales que llevan a ella, pero también se armaban pequeñas fiestas menores a la orilla del río con fogatas y música. Mmm... siento la garganta seca. ¿Alguno me alcanza un poco de agua? Hay una jarra sobre la mesita junto a la pared.

Gracias...mientras tanto, si alguno quiere preguntarme algo, anímense.

-Yo tengo una pregunta.

-Tu nombre es Ignacio, ¿Cierto?

-Sí, señor. Yo quiero saber qué dulces había en la tienda de la Señora Bombón.

-¡Ah! Ya me parecía raro que nadie me preguntara. Tranquilo, ya voy a llegar a eso. Primero tomo un poco de agua y les cuento de la fiesta.

-Bueno. Cuéntenos.

-Los preparativos empezaban varios días antes. La plaza, por ejemplo, siempre era un lugar limpio, pero en los siete días que llevaban a la noche especial se trabajaba ahí con más cuidado que nunca. Los barrenderos se aseguraban que no quedara en el suelo ni una hoja de árbol tirada por el viento, ni el más pequeño envoltorio de caramelo (aunque nunca había muchos, la gente era entonces más limpia que ahora)... los mismos vecinos se encargaban de hacer trabajo de jardinería en árboles y plantas. En esa época toda la manzana de la plaza estaba rodeada de ligustrina y había cuatro entradas, una en cada esquina. Era recortada con mucho detalle y precaución para que quedara bien pareja. Después se adornaba con guirnaldas de papel de colores que también se ponían en los árboles y los postes de los faroles (Había sesenta faroles). Les aseguro que era un cielo de tonos rojos, amarillos, verdes, azules, violetas, naranjas... Los bancos eran pintados de blanco y las hamacas y toboganes de rojo. En el paseo central se cambiaban las baldosas que estuvieran partidas y se vaciaba la fuente de mármol de los querubines para pintarla también. En fin, era la misma plaza que existe ahora, pero totalmente diferente al mismo tiempo. Las avenidas eran una maravilla. Cada vecino barría las veredas y adornaba el frente de su casa como mejor le parecía, pero siempre había mucho color. La tierra de las calles se regaba cada cuatro horas con una exactitud horaria que ahora ya no se ve. Pero lo mejor es cuando entraba en acción el viejo Antonio. Bah, supongo que no era tan viejo entonces, pero para mí tenía cien años. Era el dueño de la tienda de velas y faroles y tenía un ayudante mucho más joven que él, Manuel. Los

dos se ocupaban la tarde del día de la fiesta, después de cerrar su negocio, de llenar los postes de los faroles con lámparas de sal de colores y velas especiales que duraban toda la noche y no se apagaban ni con un tornado. Era el mejor fabricante de velas, Antonio. Un artista, la verdad. La noche llegaba y los faroleros recorrían las cuatro diagonales encendiendo esas velas mágicas. Nunca se ha visto espectáculo igual ni se volverá a ver.

-¿Por qué? Me gustaría ver esas luces de colores.

-Y tú eres... Natalia, ¿Verdad?

-Sí, soy Naty. ¿Por qué no hay más luces de colores?

-Bueno... La magia se ha perdido, niños. Además, después de esa noche el pueblo no volvió a ser el mismo. Y con los años se fue volviendo triste y desierto. Yo nunca me fui pero vi cómo todo desaparecía. Luego vino gente nueva pero que se ocupaba de otras cosas. Trabajó mucho esta gente, es verdad, y levantó el pueblo desde las cenizas, pero ése es otro tema. Y ahora, niños, los que estaban esperando: les voy a contar cómo era la tienda de la Señora Bombón.

2

La tienda de dulces

-La Señora Bombón tuvo un hijo cuando era aún joven. Se llamaba Felipe y, según me contaran mis padres, era muy amigable, feliz y querido por todos. Su padre murió cuando él era pequeño y para él y su madre fue un golpe muy duro, como podrán imaginar, pero lo supieron sobrellevar. Mientras se tuvieran el uno al otro podían seguir adelante. La Señora Bombón era dueña de la tienda de dulces, que había levantado con sus propias manos en su casa antes de que naciera su hijo, y siguió trabajando desde la mañana temprano hasta altas horas de la noche durante toda su vida, al menos hasta el día del carnaval de monstruos. Pero muchos años antes de ese día ocurrió algo que le apagó el corazón para siempre. Su niño se ahogó en el río. Tenía doce años. Estaba jugando con otros niños en un día muy caluroso cuando resbaló, cayó y se golpeó la cabeza contra una piedra. No lloren, niños, les dije que éste no era un cuento feliz y todavía no han escuchado nada. Sepan nomás que había adultos ese día a la orilla del río pero por una triste coincidencia nadie vio nada hasta que era demasiado tarde. Lo rescataron e intentaron reanimarlo, sacarle el agua que ya estaba en sus pulmones, pero no había nada para hacer. No voy a dar más detalles. Agradezco no haber nacido todavía en esa época, pero mi madre me contó toda la historia. Creo que cada padre de la Ciudad Verde se la contó a sus hijos como una especie de lección para que nunca se descuidaran. Para la Señora Bombón eso fue demasiado. Cerró su tienda durante muchos días (algunas versiones de la historia dicen que por un mes, otras que por un año y algunas que sólo por una semana) y ese tiempo no recibió a nadie en su casa. Los vecinos estaban tan preocupados y la querían tanto que no podían dejar las cosas así. Un día se juntó casi todo el pueblo en la puerta de la tienda y lograron hacerla salir. Mi padre me dijo que quien los atendió esa vez no era la agradable mujer que cocinaba y amasaba los dulces y pasteles más ricos del mundo, sino un fantasma, una sombra de lo que había sido. Nadie

puede imaginar lo que es perder un hijo y menos uno tan pequeño. El cariño de la gente la mantuvo en pie y de a poco le dio fuerzas para volver al trabajo. Abrió la tienda una vez más y se dedicó a trabajar con más ganas que antes, dando su vida por esa tienda, pero nunca más tuvo esposo y mucho menos hijos. Ahora les voy a dar una tregua. Voy a pasar directamente a la parte en la que entré por primera vez a esa tienda de dulces y lo que vi ahí. En toda mi vida, niños, no he podido olvidar nada de lo que vi ese día. ¡Pero si recuerdo hasta los aromas! ¿Me alcanzan un poco más de agua por favor? Gracias... Creo que no había un solo centímetro de ese local que no tuviera un dulce adornándolo. Uno abría la puerta de vidrio y recibía dos hermosos saludos: el tintineo de un llamador de ángeles y el aroma de todas las maravillas de azúcar que uno pueda imaginar. Lo siguiente que llamaba la atención era el gran mostrador de la pared opuesta. Era transparente con tapa de madera y en él se exponían los pasteles y las tartas. Los había de todo tipo: chocolate, frutilla, limón, naranja, ricota, dulce de leche, los había con glasé, con mermelada, con trozos de barras de chocolate negro y blanco, con lluvia de confites, con grana, crema de todos colores... y estaban tan bellamente adornadas que hasta daba pena cortarlas. Tanto la señora Bombón como la ayudante que tuvo durante muchos años, una muchacha muy bonita y callada de nombre Yemila, se esmeraban en dibujar casas, árboles, muñecos y todo tipo de cosas con crema y mazapán sobre las tortas. Del techo de la tienda colgaban unos largos bastones de masa dulce de jengibre y naranja a los que habían bautizado "dedos de ángeles". El suelo estaba pintado como un tablero de ajedrez con piezas y todo, lo que es algo que nunca entendí pero que también le daba un toque bonito. El mostrador del frente no terminaba en esa pared sino que seguía por el costado formando una ele. En la parte lateral había siempre miles de galletas y masas dulces que parecían no acabarse jamás por más que la tienda estaba siempre repleta de gente que salía con las manos (y a veces la boca) llenas de dulces. La señora Bombón y Yemila corrían de un lado al otro repartiendo pedidos y jamás se chocaban. Parecía que estuvieran ejecutando una danza ensayada hasta el cansancio. La señora Bombón era baja y regordeta y usaba un delantal diferente cada día del mes. Como abría todos los días, tenía treinta. Yemila vestía siempre el mismo uniforme, al que mantenía impecable, y se destacaba por una sonrisa imposible de describir. Era parte de la magia del lugar, pero esa muchacha tenía algo más que la diferenciaba del resto. ¿Alguna vez han visto, niños, una persona con dos colores en los ojos?

-Una de mis tías tiene un ojo azul y uno marrón.

-Vos sos Marcos, el hijo de Luciano, el panadero. ¿Ven cómo los conozco? Pero no, querido, me refiero a dos colores *en cada ojo*. Me imagino su asombro, niños. Yemila tenía unos preciosos ojos marrones pero quien tenía la suerte de verlos de cerca descubría un anillo azul alrededor de cada uno. Era como un brillo especial... Ya les digo, antes había magia pero no sólo en las cosas, sino en las personas también. Pero no me quiero desviar del tema, mejor les termino de describir la casa de dulces. Detrás de las mujeres había otro mostrador encastrado en la pared con

los dulces sin masa: eran creaciones propias del lugar y según se dice fueron copiados algunos años después y ahora se encuentran en todas partes, pero antes sólo existían allí. Hablo de chupetines de todos los sabores, barras de chocolate con pasas, nueces, avellanas o almendras, bolsas de confites o praliné de maní, trozos de fruta cubiertos con glasé real, bolas de almíbar con crema de menta (eran mis favoritas, pero terriblemente dulces), turrone de arroz o de oblea con mil rellenos diferentes... toda esa pared estaba refrigerada, ¿Sabén qué quiere decir eso?

-¿Que se mantenían con frío?

-¡Muy bien, Ignacio! Se mantenían con frío para que no se derritiera el chocolate o el caramelo, por ejemplo. En aquella época no era tan fácil mantener en frío permanente las cosas, pero eso no es importante en esta historia. La Señora Bombón hacía productos de tan buena calidad que su nombre ya se había hecho una marca conocida. Los dulces, además de venderse por unidad, se ofrecían en cajas y bolsas con su rostro regordete y sonriente. En fin, vale decir que entre los colores de los dulces, las masas y los pasteles, las luces del local y los mostradores, los diferentes tonos de los papeles de celofán que se usaban para envolver y los pequeños y alegres cuadros que había aquí y allá, ese lugar era una fiesta. Si se pudieran describir los aromas, no terminaría más de hablar. ¿Les gusta lo que les cuento? Seguro que sí. Bueno, ahora les voy a hablar de lo que pasaba cuando se cerraba la tienda y después lo que ocurrió en la fiesta de los monstruos. Prepárense, niños, lo que sigue no es tan agradable. La señora Bombón y Yemila bajaban las persianas del local y ponían llave a la puerta a eso de las ocho de la noche, sin importar si era invierno o verano. Luego barrían y acomodaban cualquier desorden y dejaban todo listo para el día siguiente. Yemila volvía a su casa y la dueña no terminaba su tarea: se ponía a cocinar. Sí, niños, esa mujer tenía la energía de muchas personas, pero realmente lo hacía por necesidad. Mientras amasaba, horneaba y decoraba, su mente se mantenía alejada de los recuerdos sobre su esposo o su hijo, aunque los llevaba siempre en su corazón. Era ya noche avanzada cuando comía algo y se iba a costar completamente agotada. Se dormía a los pocos minutos de apoyar la cabeza en la almohada y se despertaba bien temprano en la mañana para seguir trabajando. Cuando su ayudante llegaba a eso de las ocho el lugar ya olía a facturas, chocolate y frutas. Pero aparte de su trabajo y el recuerdo de su querida y perdida familia, había algo más que ocupaba un espacio importante en la cabeza de la agradable señora y es lo que dio lugar a lo que pasó en el carnaval de los monstruos: el rencor. La Señora Bombón guardaba mucho rencor hacia unos cuántos hombres y mujeres del pueblo. ¿Adivinan quiénes? ¿No? Bueno, se los digo: eran los hombres y mujeres que estaban en el río el día en que se ahogó su pequeño hijo. Los culpaba de no haberlo cuidado, de no haber visto lo que ocurría. Es algo muy poderoso el rencor, niños, porque mancha el corazón de la gente y hace que cualquier persona por más buena y agradable que sea se vuelva, aunque sea por cortos períodos de tiempo, un poco menos humana. Y hay algo curioso que ocurre con el rencor. El tiempo, en contra

de lo que muchos puedan opinar, no lo hace desaparecer, lo hace crecer. Quien guarda rencor clama venganza y a esto lo entendía perfectamente alguien que visitó a la Señora Bombón dos días antes del carnaval de los monstruos, por la noche, cuando la dama había bajado las persianas y su ayudante se había marchado. Niños, ya estamos cerca del final y estoy sintiendo frío. Pongan más leños en el fuego por favor. Hay dos cosas más que contar: la historia del visitante de la tienda de dulces y lo que ocurrió en la noche del carnaval.

3

Una idea dulce

-Dos días antes del carnaval la Señora Bombón cerró las puertas de la tienda, bajó las persianas, tomó escoba y comenzó a barrer el salón de ventas. Yemila, cooperadora y fiel como siempre, ordenó los estantes y trajo desde la despensa lo que hacía falta para completar los espacios vacíos. Cuando terminaron la tarea la muchacha se despidió y volvió a su hogar. La anciana lavó sus manos, acomodó su pelo, tomó un vaso de jugo de naranja y se puso a trabajar sobre el mesón de la despensa con harina, huevos y agua. Amasó sin dar muestras de cansancio durante un largo rato en completo silencio hasta formar un enorme bollo de masa. Lo cubrió con tres repasadores y lo dejó reposar. Mientras tanto puso una cacerola al fuego y comenzó a verter azúcar revolviendo sin cesar para hacer... ¿Saben qué? ¿No, no saben qué se hace con azúcar al fuego? Caramelo. Eso estaba haciendo, caramelo que usaba para sus dulces de menta. Trabajaba casi a oscuras, sólo con una lámpara sobre la mesada, para relajarse del ruido y las luces constantes y penetrantes de la jornada. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta que detrás de ella, en un rincón de la despensa, sentado sobre una silla de madera y con una sonrisa extraña había un niño que masticaba lenta y tranquilamente un "dedo de ángel". Cuando el niño dijo "Buenas noches" la Señora Bombón dio un salto por el susto y volteó la olla con el azúcar que empezaba a derretirse. Era la primera vez en muchos años que tiraba algo al suelo. Al niño esto le dio tanta gracia que se rió con un tono chillón y elevado y pateó en el piso. Cuando ambos se calmaron comenzó una conversación que se supone fue algo así:

-¿Por qué me asustás así? ¿Cómo entraste? ¿Quién sos?

-Cuántas preguntas, Señora Bombón. La asusté porque creí que iba a ser divertido (y lo fue), entré como entro a cualquier parte: por el aire, las paredes o la tierra y soy... bueno, usted me va a poner el nombre que quiera.

-A la señora Bombón nada de lo que escuchó le causó la menor gracia, mucho menos porque el rostro de ese pequeño, de quien calculó no tendría más de diez años, no encajaba con su forma de hablar y casi con su voz. Igualmente le pareció inútil insistir por lo que intentó con otra pregunta:

-¿Qué hacés acá, escondido en mi casa?

-¿Escondido? Yo no estoy escondido. El que quiera puede verme. Podemos decir que hasta ahora estaba disfrutando mucho de verla cocinar.

Realmente tiene usted un toque especial para las masas. Estos dedos de

ángeles son, por lejos, lo más rico que he probado en muchos, muchos, muchos años.

-¿Muchos años?... ¿de qué estás hablando, nene? ¿Estás bien?

-Estoy fantásticamente. Verá, no creo que sea necesario entrar en detalles sobre mí. Yo no soy importante. Lo que cuenta es lo que viene.

-¿Qué es lo que viene?

-El carnaval, por supuesto. Dentro de dos noches. ¿No es un bello espectáculo el carnaval? Vengo todos los años.

-Todavía no sé qué estás haciendo acá.

-El nene se levantó de la silla y comenzó a caminar con mucha tranquilidad por el almacén, al parecer sin rumbo fijo. Fue primero hacia unos estantes y tomó un tarro de galletas, probó una y volvió el envase a su lugar. Luego fue hacia la pileta del costado, abrió una canilla, vio correr un poco de agua y la cerró. Después ordenó unas cajas pequeñas de caramelos según el sabor con una pulcritud y cuidado pocas veces vistos, todo esto sin dejar de hablar. La Señora Bombón lo miró asombrada y divertida al comienzo pero en poco tiempo su mirada reflejó no más que espanto. ¿Saben por qué, niños? Porque esto es lo que dijo el pequeño visitante de la tienda de dulces:

-He venido a su tienda muchas veces, mi querida Señora Bombón, y siempre he quedado sorprendido por sus delicias. Sorprendido de verdad y, créame... no es fácil sorprenderme ¿Lo ve? Esta galleta es algo sublime y tiene usted miles de piezas iguales. Es una maravilla ¡Una maravilla! Y ¿Sabe usted por qué cocina tan bien? ¿Por qué tiene tanto éxito con su casa de dulces? ¿Le interesa saber? Seguro que sí, todos quieren saber. Bueno... la respuesta es muy simple. Usted es buena en lo que hace porque tiene su mente y cuerpo puestos en ello. Trabaja, trabaja, trabaja y vive para esto ¿No es así? ¿Piensa en otra cosa, Señora Bombón? No diga nada, no hace falta. Yo sé en qué piensa cuando apoya la cabeza en la almohada, sé qué pesadillas la despiertan en mitad de la noche y he escuchado las plegarias que dice para intentar espantar sus fantasmas y volver a dormirse y, ciertamente, me hacen reír. A lo que quiero llegar con esto es que usted ofrece mucho y pide poco a cambio. ¿No es verdad que el precio de sus productos está muy por debajo de lo que la gente estaría dispuesta a pagar? ¿No es verdad también que cada vecino de este o de otros pueblos que visita su hermosa tienda se lleva siempre algo más de lo que pidió o por lo que pagó? ¿No intenta constantemente hacer a todos felices? ¿Eso por qué es? Una vez más, no hace falta su respuesta, yo la daré: eso lo hace porque es la única forma en la que siente algo remotamente parecido a la felicidad propia, algo de lo que está convencida que no puede volver a lograr. No la cuestiono, por supuesto, de ninguna manera la critico, entiendo perfectamente su sentir pero ¿Sabe qué? Hoy estoy aquí para darle una esperanza. Las cosas no tienen por qué seguir siendo así. El problema en su vida es que le falta equilibrio. Usted siempre da de más, trabaja para los demás y pide a cambio sólo lo suficiente para seguir viviendo ¿No es poco? Sí, es poco y lo sabe. Alguna vez va a tener que pedir lo que le corresponde. Verá, mi querida artesana, el mundo NECESITA de equilibrio, de equilibrio y de justicia. Nadie puede

ser feliz sin estas dos cosas y a usted le está faltando un poco de justicia en su vida ¿No es eso cierto?

-Discúlpame, niños, si no entienden algunas cosas de esta pequeña conversación, pero estoy intentando contar el cuento de la forma más verdadera posible, aunque está claro que esto no es tan fácil porque, se imaginarán, hay parte de leyenda en esta historia. Sólo había una persona presente en ese almacén cuando esto ocurrió así que siempre quedará en el aire la pregunta de cómo se supo lo que ocurrió allí y si lo que ha llegado a mis oídos en todo caso no es más que un invento de la gente. ¿Sabén qué? Yo creo que pasó tal cual se los estoy contando y ya van a saber por qué creo esto. ¿Alguna pregunta antes de continuar?

-Dos personas.

-Ignacio querido, noto que el cuento te gusta mucho. ¿Qué querés decir con dos personas?

-Usted dijo que en el almacén había una persona y en realidad había dos, la Señora Bombón y el niño.

-Bueno... quizás deberías dudar un poco de eso. Todos ustedes, pequeños, deberían dudar de eso. Continúo ahora con esta curiosa presentación que hicieron ante la dueña de la casa de dulces:

- Usted necesita quitarse esa sensación de injusticia del pecho. Nadie puede vivir muchos años sin liberar esas penas... Ninguna hora de trabajo en su cocina puede enterrar lo que ocurrió hace tantos años en el río. Hay que establecer un equilibrio y yo vengo a decirle cómo hacerlo...

-La verdad es, niños, que eso es todo lo que se conoce (o se cree conocer) de lo que hablaron esa noche la Señora Bombón y su pequeño visitante. De hecho, habrán notado que hasta este momento ella casi no había emitido palabra, pero les aseguro que debe haber hablado mucho hasta convencerse de que debía hacer lo que finalmente hizo. Ya es momento de contar lo que pasó la noche del último carnaval.

4

La fiesta especial de la Señora Bombón

-Ya les había comentado que todos colaboraban en organizar las fiestas ¿Recuerdan? Bueno, la Señora Bombón hacía montañas de dulces y masas que se repartían en muchos de los puestos que formaban ferias en las avenidas pero jamás cobraba un centavo: era su regalo al pueblo que (más allá de todo lo malo que le había tocado vivir) adoraba y del que no tenía pensado irse jamás. Al finalizar la fiesta no quedaban sobras y ni una sola persona se había privado de probar alguna golosina. Fue justamente esto lo que aseguró que el carnaval de los monstruos fuera, digamos... un éxito. Los dos días que pasaron entre la visita nocturna y el comienzo de las festividades la dueña de la tienda de dulces y su ayudante atendieron el local sólo por la mañana. Las tardes estuvieron dedicadas a preparar los dulces del carnaval. Trabajaron codo a codo y tuvieron todo listo a tiempo, pero Yemila nunca supo que al final de la jornada, cuando estaba camino a su casa, la Señora Bombón seguía trabajando y endulzaba la comida con algo muy especial... ¿A ustedes les gustan los dulces y las masas, niños? ¿Sí, a todos? Ya me parecía. Seguro se habrían divertido bastante esa noche. Bah, es una forma de decir. La

tarde de la fiesta la Señora Bombón recorrió decenas de puestos de feria repartiendo sus maravillas de azúcar con un carro que parecía muy pesado pero al que llevaba con facilidad. Yemila la acompañó todo el trayecto y luego se fue a bañar y a cambiar de ropa para la celebración. Yo paseaba con mi madre ese día por el centro del pueblo por lo que las crucé más de una vez, pero no noté nada especial. De haber sabido... sí recuerdo un detalle, pero de más tarde a la noche: Yemila llevaba un vestido floreado que daba justo por debajo de las rodillas y el cabello atado como al descuido. Nunca vi nada más hermoso en toda mi vida y eso que he vivido mucho... En fin, no es importante ahora y la madrugada ya está muy avanzada, así que voy a pasar directamente a la fiesta. Era una noche fresca y agradable pero completamente nublada y con una muy tenue llovizna que no molestaba a nadie. La gente reía, hablaba de todo un poco, comía, bailaba en las calles... había varios grupos musicales, mimos, payasos y grupos de teatro, cantantes y animadores de todo tipo. Había juegos de feria, sorteos y concursos. Era una fiesta con todas las letras. Todas las personas se habían disfrazado. Había trajes muy elaborados y tenebrosos, algunos un poco más simples pero a los que se les había puesto esmero, algunos artesanales, otros comprados en tiendas, algunos caros y otros muy baratos y sencillos. Incluso algunos vecinos sólo vestían caretas, pero todos habían elegido un monstruo y participaban del interminable desfile de figuras de terror. El pueblo entero vivió una noche mágica y de alegría, al menos hasta que salió la luna llena. Entonces todo cambió. Última oportunidad para irse, niños. ¿Desean quedarse y terminar de escuchar el cuento? Qué bueno, no esperaba menos de chicos tan valientes como ustedes. Tiren un leño más a la fogata, la noche está cada vez más fría. Todo comenzó avanzada ya la noche, cuando el cielo se despejó y la luna alumbró lo que los faroles no podían. En ese momento yo paseaba de la mano de mi madre. Debo hacer una aclaración muy importante: ese día yo había estado con un dolor de estómago que, si bien no me impedía disfrutar del carnaval, me mantenía alejado de cualquier tipo de alimento. No podía probar bocado. Dicho esto, les cuento que me había llevado muchos días decidir mi disfraz y al final había elegido el de uno de mis monstruos favoritos: la bestia de Puerto de Piedras, un monstruo con garras huesudas y uñas afiliadas, cuerpo cubierto de pelo oscuro, dientes de lobo y alas de murciélago. Así se describía, poco más o menos, en un libro muy famoso en esa época, "El asesino del muelle". El disfraz era increíble. Mi madre había elegido el de vampiresa, que al comenzar la noche me había parecido una cosa simple y divertida pero que hasta el día de hoy, después de lo que ocurrió, me trae pesadillas. Mi padre era un zombie de lo más divertido y mi hermano, lo que me pareció la perfecta encarnación del monstruo del doctor Frankenstein. Ellos estaban vaya uno a saber dónde. Créanme que había de todo para ver: momias, vampiros a montones, hombres lobo increíblemente reales (tanto como se puede suponer que sería un hombre lobo), bestias de dos y tres cabezas, zombies, esqueletos, fantasmas de lo más diversos, leñadores con sus hachas y rostros llenos de sangre y dientes afilados, hombres y mujeres de cuatro y seis brazos, demonios de

cuernos altos y colas rojas y puntiagudas, brujas espantosas de verdad... la lista es tan larga que pasaría lo que resta de la noche intentando describir a todos. Decía que el cielo se despejó y la luna se asomó cuando iba paseando de la mano de mi madre. Pasaron pocos segundos antes de que ella comenzara a quejarse de un fuerte dolor en la mandíbula que le había aparecido de repente. Era tan potente que la puso de rodillas con el rostro tapado por sus manos. Estaba llorando y yo me desesperaba por no poder hacer nada. La llamaba y no me respondía, sólo se escuchaban sus quejas que se convertían en gritos apagados. Intenté quitar sus manos del rostro pero no las pude mover y noté que estaban heladas, además de muy pálidas. Levanté la vista para pedir ayuda pero el asombro no me dejó hablar: Todo el pueblo parecía estar sufriendo de un ataque diferente. Algunas personas se retorcían en el piso abrazándose el estómago, otros se agarraban la cabeza con tanta fuerza que se marcaban las venas de sus manos. Había gente que corría, gente que saltaba, gente que giraba con los brazos abiertos como poseída, otra que miraba al cielo con el cuerpo tenso y las venas del cuello gruesas como pequeñas ramas... todos gritaban, lloraban y hasta algunos rugían. Sí, niños, rugían como animales. En el escándalo de movimientos furiosos caían puestos de la feria, se desarmaban los juegos, volaba comida y adornos por los aires y allí estaba yo, de pie en medio de esa escena espantosa, paralizado por el miedo y con sudor frío que me recorría la espalda, la frente y los brazos incluso por debajo de mi disfraz grueso y caluroso. Tenía la misma edad que ustedes, niños ¿Se imaginan haber estado ahí? Piensen entonces lo que habrían sentido ahora que les cuente lo que siguió:

-No quiero que siga contando, por favor...

-El pequeño Miguel... tu padre fue el mejor comisario que este pueblo ha tenido. Veo que no te ha tocado su valentía, aunque supongo que es normal con tu edad. Como sea, di un último aviso y todos aceptaron escuchar la historia. Es tarde ahora, te quedas hasta el final. Como les venía contando, todo era un desastre: ya no había música de orquestas ni órganos, se habían acabado los cantos y las risas, el aire se llenaba de sonidos espantosos... y la gente comenzaba a cambiar. Al principio me costó entender lo que ocurría pero cuando me di cuenta, les digo la verdad, el miedo fue más fuerte que yo y me oriné. Sería gracioso en otro escenario, ¿No es cierto?

-¿Qué le pasaba a la gente? ¿Se habían vuelto locos?

-Algo peor, Naty, mucho peor. Ojalá hubiera sido eso... disculpen si me cuesta un poco hablar en esta parte, pero es que las imágenes vuelven a mi cabeza y son muy fuertes ...lo que ocurría es que cada vecino de Ciudad Verde *se estaba convirtiendo en el monstruo de su disfraz*. Yo estaba definitivamente paralizado por el terror y desde mi lugar en medio de todos ellos podía ver cómo las telas vellosas de los trajes de hombre lobo se fundían en la piel y se volvían pelaje de verdad mientras los rostros y cuerpos se deformaban con horrible crujido de huesos, los dientes crecían, las orejas se volvían en punta... podía ver alas naciendo de espaldas de niños y adultos y cortando la piel sangrante mientras un dolor que imagino insoportable los desgarraba por dentro. Vi al padre de

mi mejor amigo Alan correr desesperado y reventar su cráneo contra una pared mientras sus dos brazos de utilería se llenaban de huesos y músculos reales y le nacía una segunda cabeza. Yo estoy convencido que lo hizo a propósito, para terminar con el dolor. La señora Esparza, esposa del médico del pueblo, se había disfrazado con mucha sencillez: llevaba un vestido negro y una máscara que representaba a una de las figuras de terror más importantes de los libros de la época: el hombre mosca. Es una de las imágenes que aun hoy no me dejan dormir si no es con una cantidad absurda de pastillas: la mujer se estaba volviendo el monstruo de su disfraz, como todos los demás, e intentaba volar torpemente mientras se le iba lo último que le quedaba de humanidad. Sus gritos resonaban por encima de los otros y eso es todo de lo que me atrevo a hablar... yo realmente *no podía moverme por el miedo...* ni siquiera lloraba, *el cuerpo me había dejado de funcionar*. Entonces fue mi madre, de quien me había casi olvidado en ese caos, la que dio la advertencia y me puso en movimiento: ella había dejado de gritar y ya no se cubría el rostro, por lo que la veía claramente. Estaba a un paso mío y se había puesto de pie pero no era la misma persona. Su disfraz de vampiro la había vuelto blanca como la nieve, con ojos penetrantes y llenos de sangre, colmillos que se asomaban apenas sobre los labios sin color, manos de dedos delgados y uñas largas como no había visto jamás. Quizás ella no había cambiado mucho mentalmente, algo que entendí unos cuantos años después (aunque no estoy seguro de haberlo hecho por completo). Los vampiros, si bien no son como nosotros, tienen mucho de humanos. En algunos casos, incluso, son personas que se vuelven vampiros ¿Conocen sobre vampiros, niños? Claro que sí. Pueden entender lo que digo. Volviendo a la historia: mi madre me miró, sonrió espantosamente y me dijo: *Corré, escondete*. Tardé en reaccionar, así que insistió gritándome: *¡AHORA!* Corrí esquivando tanto como podía los cuerpos retorciéndose y cambiando de forma, intentando no mirar lo que pasaba. Lo peor era, niños, que no sabía dónde ir. "Corré, escondete" me había dicho mi madre vampiro y era todo lo que tenía en la cabeza. Las casas en ese momento estarían vacías, como ocurría siempre en la noche del carnaval, pero mis piernas me llevaron instintivamente al único lugar que mi cerebro asustado debe haber reconocido como amigable en ese momento: La Casa de Dulces de la Señora Bombón. Las buenas historias siempre terminan donde comienzan, niños, y ésta es una de ellas. La tienda estaba en la misma avenida que yo, pero a unos ciento cincuenta metros de distancia. No hace falta decir que tuve muchísima suerte de llegar bien. Fui por el frente de la tienda y sin pensar empujé la puerta de vidrio, que se abrió sin esfuerzo. No pensé en ese momento en lo que extraño que era eso porque no podía pensar en nada, si me detenía un segundo a analizar opciones no sé qué me habría pasado. A mis espaldas comenzaba a escuchar muchos más gruñidos, risas macabras, gritos, aullidos y rugidos que antes pero con un ingrediente extra: sentía golpes y alaridos de dolor. Giré un momento y vi que la naturaleza violenta de los monstruos estaba haciendo que se atacaran entre ellos. Alrededor de mí se levantaban pequeños montones de tierra cada vez que se oía un cuerpo

caer al suelo. Literalmente, el pueblo se estaba muriendo. ¿Qué habría pasado con mi madre? Estas ideas me llegaban rápida y violentamente como ráfagas y se iban de la misma manera. Entré en la tienda, trabé la puerta a mis espaldas y corrí detrás del mostrador. En la oscuridad del local me animé por fin a llorar, lo que me ayudó a relajarme. Los ruidos horribles de la calle llegaban a mí claramente y de a poco me hicieron reaccionar: debía esconderme más adentro, donde no pudieran encontrarme (si eso era posible) pero ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que acabara la matanza? ¿Hasta que saliera el sol? ¿Hasta que me olfatearan, encontraran y arrancaran la cabeza? Nada evitaba que entraran destrozando la puerta en cualquier momento. De hecho me extrañaba que no lo hubieran hecho: se ve que por ahora seguía con suerte pero debía moverme. Comencé a avanzar a gatas y hacia el fondo mirando por sobre el hombro y me puse de pie recién cuando perdí de vista la entrada. Iba con mucho cuidado en medio de una gran oscuridad sin saber dónde estaba pisando, estirando las manos como un ciego buscando asidero. A los lados tocaba paredes rugosas y viejas que parecían no tener fin. La de la derecha se interrumpió de repente en un umbral que daba paso a una habitación grande iluminada por la claridad que entraba por una ventana de buen tamaño con las cortinas abiertas. Era la despensa. Había tres hileras de estantes con cientos de cajas, bolsas y paquetes de diferentes formas y tamaño. También latas y algunos instrumentos de cocina que me eran familiares. Leí la palabra *harina* en grandes costales sobre el piso, vi la mesa de trabajo y una pileta a mi derecha y parte de la magia de la tienda de dulces desapareció en ese instante. Junto a la ventana había una puerta que conectaba con un pasillo sin techo que llevaba al patio. Me sentí movido por una profunda curiosidad que me llevó a recorrer ese lugar y olvidarme por un momento de lo que estaba pasando afuera. Vi el rostro de la Señora Bombón estampado en todas partes y podía jurar que a medida que me movía entre las estanterías los ojos de la mujer me seguían desde cada envoltorio. Cada unos pocos pasos giraba esperando encontrar alguien detrás de mí, quizás a la agradable mujer que nos regalaba sonrisas y dulces convertida en una horrible bestia de colmillos largos y mirada asesina. Mis manos y frente estaban húmedas de transpiración. Mi olfato se saturaba con el olor dulzón que parecía impregnado en las paredes. Pensé en la casa de la bruja de Hansel y Gretel y la idea me hizo temblar. Terminé de recorrer la estancia y fui casi sin darme cuenta hacia la puerta del fondo; mi mente se iba perdiendo de a poco, o eso me parecía, porque lo único que pensaba era en que *tenía* que salir al patio. Me temblaba el cuerpo entero y me sentía muy ansioso. ¿Cómo explicarlo? Es como los días de feria en el pueblo, con los juegos y la música. ¿No les encanta ese día? ¿No sienten algo en el estómago cuando van en camino, e incluso cuando se despiertan esa mañana? ¿No desearían que las horas pasaran rapidísimo y el día se les hace eterno hasta que los llevan por la tarde? ¿Ven? Eso en ansiedad, pero lo que sentía yo era incluso más fuerte. Dejé la despensa y abrí la puerta. Avancé muy lentamente mirando al cielo. Me ganó el espanto cuando vi cruzar a varios metros de altura pero a poca velocidad a un monstruo

similar a un gran murciélago con cuerpo de hombre. Se detuvo en pleno vuelo y batía sus enormes alas arriba y abajo para mantenerse en el mismo lugar, flotando. Parecía estar oliendo el aire. Algo le llamó la atención porque de repente emitió un chillido agudo y emprendió la retirada a toda velocidad. Esos segundos en los que estuve a su merced me parecieron eternos pero otra vez agradecí mi suerte por no haber sido visto. El pasillo estaba bordeado, a la derecha, por el muro que separaba los fondos de la casa con el terreno vecino y a la izquierda por una pared del edificio principal. A mitad de camino vi sobre esa pared apoyada una escalera de mano, como las que usan los pintores. Contra todo lo que ustedes puedan pensar, subí los peldaños de a uno y tranquilamente. Parecía hipnotizado, no podía dejar de avanzar. Llegué al techo de la casa y vi allí a la Señora Bombón sentada de espaldas a mí en una reposera observando la horrible escena de las calles. Me quedé como tieso por el asombro. Ella giró la cabeza y al verme me hizo una seña para que me acercara. Llegué junto a ella y noté que sonreía con total tranquilidad. No pude evitar mirar para abajo y volver a llorar. El espectáculo era tan horrible que vomité y creo que hasta me desmayé por unos segundos: vi sangre por todas partes, cabezas, brazos, tentáculos y alas repartidas por la calle y los tejados. Miré hacia el río a lo lejos cuando un enorme pez mutante salía del agua y con una hilera de dientes enormes arrancaba la cabeza de lo que creo era un hombre lobo. Vi tantas cosas que no me atrevo a contarlas todas por temor a que mi mente no las soporte. Desvié la mirada hacia la Señora Bombón y le pregunté cosas que creí lógicas en ese momento, como qué estaba haciendo ahí arriba, si no tenía miedo de que le pasara algo, si realmente *estaba viendo* lo que ocurría, en fin, si ella entendía lo que yo no podía. Hablaba mientras intentaba mirar a todos lados al mismo tiempo, incluso (y sobre todo) para arriba. Sin dejar de sonreír me respondió: "Tranquilo, si estás conmigo no te va a pasar nada. Lo que estás viendo es nada más que un acto de justicia. Quizás lo entiendas cuando seas más grande ¿No te gustan mis dulces, pequeño?". Le contesté que sí, por supuesto, que me encantaban, pero que esa noche no había podido comer nada porque sentía mi estómago muy lleno e incómodo como había estado todo el día. Lanzó una carcajada. "Ah, entiendo" dijo luego y agregó: "Lindo disfraz, de verdad. Quedate conmigo hasta que todo termine, me gusta que quede alguien para contar la historia". Volvió a fijar la vista en la calle y no se movió ni dijo nada hasta que salió el sol. Para entonces todos los monstruos habían muerto, lo que quería decir que el pueblo había desaparecido salvo por la Señora Bombón, yo y un niño al que no conocía que se acercó sobre el final de la batalla campal con total tranquilidad por la espalda del último monstruo vivo (un gigante de tres cabezas que sangraba por todas partes y apenas podía tenerse en pie) y clavó un cuchillo en su espalda. El niño aguardó a que el monstruo se desplomara y se fue caminando y silbando hasta que lo perdí de vista más allá de la plaza. Luego miré a mi lado y vi que la Señora Bombón se había ido en completo silencio. Ni siquiera estaba su reposera... Están muy callados, niños ¿Quieren hacer alguna pregunta? ¿No? ¿Seguros? Muy bien, entonces les voy a contar algunas cosas más.

Antes de irse, la Señora Bombón dejó una bolsa grande repleta de caramelos en el techo junto a mí. La levanté y la miré con sorpresa. ¿Adivinan qué caramelos eran? Bolas de almíbar con crema de menta ¡Mis favoritos! Verán, la curiosidad al final puede más en la mente de un niño pequeño, más que el miedo, más que cualquier cosa. Comí uno y a que no saben qué ocurrió cuando lo hice. Sí que lo saben, ¿No es verdad? Sentí un terrible dolor por todo mi cuerpo. Mis manos se deformaron lentamente y así también mi rostro, mis piernas y mi pecho. En poco segundos estaba cubierto de un pelaje marrón sucio y grueso y la espalda parecía rompérsese cuando empezaron a nacer las alas de murciélago de la bestia de Puerto de Piedras. Tengo pocas imágenes de lo que ocurrió luego de ese momento. Cuando salió el sol volví a ser el niño de siempre y el temor de vivir otra vez esa pesadilla hizo que arrojara la bolsa de caramelos al río pero al año siguiente, para el día del cumpleaños del pueblo que poco a poco se volvía a poblar, apareció de nuevo junto a mí. No le hice caso esa vez ni al año siguiente ni al otro, pero al final, en un momento de debilidad, probé un dulce más y guardé la bolsa. Lo curioso es esto: yo había quemado el disfraz, quería evitar cualquier recuerdo de esa noche nefasta, pero ya no era necesario tener un traje de monstruo para volverme uno. El disfraz se había hecho parte de mí. El dulce de la Señora Bombón sólo lo hacía renacer cada vez que mi mente enferma me llevaba a comer un caramelo. Esto siguió por muchos, muchos años, hasta que quedó sólo un dulce. En fin, les voy a hacer una última adivinanza antes de que termine la noche y para concluir la historia: Esto que están escuchando es ruido de una bolsa de celofán ¿Qué creen que hay dentro? ¿Pueden oler la menta? ¡Sí, claro que pueden! ¿Están asustados, niños? ¡POR SUPUESTO QUE SÍ! ¡CORRAN, PEQUEÑOS, CORRAN!